

# El Mundo Celebra la Fiesta del Amor

Rvdo. Néstor A. Blanco S.

Desde las tundras heladas que bordean las riberas de Siberia y Alaska, atajadas por el mar septentrional, pasando por la calidez del trópico hasta llegar a las costas de Tasmania, donde mueren los Alpes australianos; la humanidad entera celebra el nacimiento del niño Dios. La navidad, con sus villancicos, nacimientos, arbolitos y cascanueces, convoca cada año, con éxito, al hombre de todas las latitudes.

¿Cuál es el misterio que se encierra en torno a la persona y vida de Jesús?. “¿Quién es éste que aún el viento y la mar le obedecen?”, preguntaron alguna vez sus seguidores. ¿Por qué la vigencia de su mensaje ha llegado hasta el tercer milenio?. ¿Por qué nos alcanza a nosotros aquí y ahora?. ¿Qué es lo que sienten millones de seres humanos que creen en Él, incondicionalmente y sin reservas?

Una cosa es la fe y otra es la realidad; una cosa es la religión y otra su interpretación como fenómeno sociológico. Al margen, pues, de lo que cada quien crea desde el punto de vista puramente místico; las respuestas a las preguntas que acabamos de formular deben invitar a la reflexión de todo individuo pensante. Hacernos estas interrogantes, y contestárnoslas honestamente, debe ser un sano y necesario ejercicio espiritual, porque Jesús nace y muere, pero hoy está más vigente que nunca y cuenta con el más colosal y universal auditorio del que haya dispuesto personaje alguno en la historia.

"...Conozco a los hombres -decía Napoleón- y te digo que Jesús no es un hombre, conozco a los hombres, y te digo que Cristo es Dios. Aníbal, Alejandro, Carlomagno y yo hemos conquistado el mundo, pero ¿dónde están hoy nuestros seguidores?. Cristo, en cambio, tiene millones que morirían por el HOY. Nosotros fundamos imperios sobre la fuerza, Jesús lo fundó sobre el amor...".

El amor es la fuerza más poderosa que el ser humano conoce. Salomón decía que es más fuerte que la muerte y que los ríos no pueden apagar el fuego del amor..

Esta reflexión es de una gran pertinencia. Es el amor de la navidad el que ha podido silenciar el odioso tableteo de las ametralladores en los frentes de guerra; es el que realiza el perdón en los corazones concitados por el odio. Es el que restaña la sangre de las heridas; es el que produce reconciliaciones y alegrías y abrazos.

Cuando Jesús conquistó la geografía de Palestina cuestionó la rigidez de la ley mosaica y enfrentó la hipocresía de los mentores religiosos de la época, quienes habían hecho de la religión una práctica hueca y ritual, sin conexión con los principios más elementales del amor de Dios expresados en la Ley y los Profetas.

En oposición a esa realidad, Jesús fundamenta su mensaje en torno al amor. Es por amor que perdona a la mujer adúltera, quien, de acuerdo a la ley debía ser lapidada; por amor entra a la casa de un hombre execrado por la sociedad. Habla con la mujer samaritana y rompe, por amor, el hielo que la tradición y el odio

habían cultivado y añejado con los años. A la cruz llega, justamente, por amor y su muerte expiatoria no es otra cosa que el milagro de un acto de amor.

Por eso es que la navidad nos envuelve y nos involucra a todos, creyentes o no, porque el amor es lo que la explica, y “el amor -decía Walter Trobisch- es un sentimiento que hay que aprender”. El amor no es amor si no lo damos; no está puesto en nuestro corazón para permanecer oculto, hay que compartirlo como lo compartió Jesús. Hay que entenderlo como lo entendió el gran apóstol del Evangelio, Pablo, cuando escribió a los griegos de Corinto en el siglo uno: "...El amor es paciente, es benigno, el amor no es envidioso, el amor no se jacta, no se ensoberbece, no obra indecorosamente, no busca lo suyo, no se irrita,, no tiene en cuenta el mal, no se goza de la iniquidad, complácese, sí, en la verdad. Todo lo cubre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta...Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; empero de éstos, el mayor es el amor...".

Hoy, el significado del nacimiento del Hijo de Dios, que es el espíritu esencial de la navidad se pierde entre las bulliciosas multitudes que van de aquí hacia allá, obnubiladas por las luces de los mostradores en los centros comerciales, donde la navidad se traduce sólo en una transacción comercial.

Diciembre se convierte en una época en que la gente se ahoga en una carrera de frenesí y contaminación ambiental para gastar el dinero y satisfacer las demandas de una tradición que no es inmanente con la Navidad. De manera pues, que muchas personas la “celebran” ignorando lo que realmente significa.

La paz es un imperativo en un mundo amenazado por una hecatombe que puede comenzar por la simple presión de un botón rojo. Esa paz, anhelada por el hombre, hipócritamente discutida y vilipendiada en los foros internacionales, no ha sido más que una triste y dolorosa entelequia. No puede haber paz donde no hay amor, porque la paz no es simplemente ausencia de guerra, más que eso, es presencia de amor.

Jesús no tuvo ejércitos, no usó armas, sólo apeló a una fuerza superior pero elegante, que pide permiso para entrar y que acepta ser rechazada. Por eso, hoy, a dos mil años de su nacimiento en la aldehuela de Belén, sin abolengo y sin oropel, escoltada por la domesticidad de un establo en una humilde posada, el hombre del planeta se inclina reverente para entonar solemnemente, ¡Gloria a Dios en las Alturas en una Noche de Paz!